



3<sup>a</sup>  
EDICIÓN

COSMIN F. STIRCESCU

# LEYENDAS DE ERODHAR

LA VARA DE ARGOROTH

# LEYENDAS DE ERODHAR

EDICIONES  ARCANAS



## PRÓLOGO UN OSCURO RITUAL

Los rayos del sol asomaban entre una vorágine de nubes blancas y negras, otorgando al horizonte un precioso tono anaranjado sobre un fondo grisáceo. La pálida mañana iba cobrando vida poco a poco, iluminando el amplio y rocoso valle, rodeado por montañas, praderas, bosques y riachuelos congelados que se extendían sobre leguas y leguas de terreno escarpado hasta perderse de vista.

La nieve había caído en abundancia durante la noche, cubriendo las ramas de los árboles y las colinas con una espesa capa blanca. Entre los pinos, los sauces de amplia y generosa copa y los gigantescos robles, siempre vigilantes, se podía vislumbrar la única edificación existente en cientos de leguas a la redonda. Alta, imponente, dominante... la fortaleza se alzaba como un centinela de piedra maciza encargado de vigilar el paisaje lúgubre y solitario de la región desde hacía milenios, mientras sus numerosas torres y torreones arañaban el vientre del cielo.

El castillo negro de Rhungvald era tan antiguo como las rocas de pedernal que formaban el peñasco sobre el que descansaba. A pesar del paso del tiempo y la erosión, seguía siendo tan magnífico como en los primeros días tras su construcción y tan robusto como la montaña hacia la que miraba. Sus edificadores lo habían levantado en la parte más alta del risco, al borde de un abismo profundo y vertiginoso cuyo fondo estaba sumido en total oscuridad. Aunque se podían escuchar, lejanas, las aguas susurrantes de un torrente que se deslizaba entre las rocas.

Salvo por el río, el silbido constante del viento, que azotaba los árboles día tras día sin piedad, y el chascar de las aves carroñeras que sobrevolaban la zona, la marca de Rhungvald estaba sumida la más absoluta tranquilidad. Aquel paisaje fantasmagórico podría haber puesto la carne de gallina al más valiente de los hombres; sin embargo, en lo alto del torreón más grande del castillo, tras el cristal pintado con flores de hielo de un gran ventanal con arco en punta, un hombre admiraba el paisaje y la extensión de sus dominios.

«El amanecer de otro día lúgubre, pero perfecto», se dijo Valanor mientras miraba ensimismado al horizonte. Era un hombre alto y delgado, con un rostro peculiar, apenas visible tras el cristal congelado de la ventana. Debajo de sus pupilas, dilatadas y ennegrecidas, asomaban una nariz puntiaguda y unos labios muy finos de color carmesí. Tan finos que parecían capaces de cortar la carne con la precisión de un cuchillo. Vestía una andrajosa túnica oscura, casi tanto como su larga y espesa melena, de la que sobresalían un par de orejas puntiagudas. La piel de su rostro era tan pálida como la nieve que se había acumulado en el alféizar, aunque debido al frío helador que hacía en aquella estancia del torreón más grande del castillo, en sus pómulos asomaba un tenue color rojizo.

El hechicero había perdido la noción del tiempo que llevaba allí, de pie, mirando su propio reflejo en el cristal congelado o escudriñando la comarca que rodeaba el castillo. Había perdido la noción del tiempo que llevaba esperando, aguardando. Había perdido...

Haciendo caso omiso del cuerpo, su mente viajaba una y otra vez por los largos y numerosos senderos de su pasado. Un laberinto cargado con miles de imágenes y recuerdos que le habían asolado sin descanso. Miles de figuras y rostros, hace mucho olvidados, y que, sin embargo, cada vez tenía más presentes en la mente. La hora se acercaba, lo sabía, lo sentía, y por eso tenía que recordar. Los recuerdos le hacían más fuerte, alimentaban su poder, alimentaban su odio y alimentaban su magia.

Cada vez que rememoraba su pasado y sus días de gloria, sentía un terrible ardor en lo más profundo de su estómago, y su odio hacia todos esos individuos sin rostro, hace siglos enterrados, crecía sin parar. Habían pasado casi mil quinientos años desde que perdió la guerra conocida en todo Erodhar como la Guerra de los Titanes, la más grande y sangrienta desde los inicios de la Segunda Edad. En aquel entonces su poder era supremo y su ejército numeroso. Era capaz de vencer a cualquier enemigo que se presentara en su camino. Y así lo había hecho. Había ganado cada batalla, cada escaramuza, cada enfrentamiento, hasta que llegó el momento de la contienda final. El momento en el que toda su vida cambió. Y no para mejor.

Frente a los gigantescos muros de Lumenor, la ciudad-reino de las serafines, guardianas del mundo y defensoras de la paz, su ejército desplegaba doscientas mil unidades, formado por seres de todas las razas conocidas: hombres, brujos, orcos, bestias, *no-muertos*, hasta elfos desterrados por los suyos. Todos dispuestos a morir por él; todos dispuestos a seguirle hasta el mismísimo final.

El enemigo también contaba con una hueste numerosa, pues todos los reinos de Thaldorim y Norgherland se habían unido bajo una única bandera, para detener las fuerzas del brujo más temido y odiado de la historia. O como lo solían llamar por aquel entonces: Valanor el Nigromante.

Todo comenzó tras la caída del ocaso, en un gélido día de finales de año. El choque de las dos fuerzas fue brutal y el fragor de la batalla duró tres días, con sus noches, sus nevadas, ventiscas y todo. Durante la primera noche y la mañana del primer día, las fuerzas de Valanor rompieron la principal línea defensiva del enemigo, obligándolos a retroceder tras los muros de Lumenor. Altos e imponentes, se decía de ellos que eran impenetrables; sin embargo, Valanor había formado una alianza con Reghorn, el dragón negro cuyo aliento era capaz de fundir hasta las rocas más resistentes, incluso aquellas impregnadas de magia ancestral, como las que habían levantado las serafines para proteger su ciudad.

Reghorn abrió brecha en el muro con sus llamas y destrozó el portón principal, permitiendo así a las fuerzas de Valanor penetrar en la ciudad. Al tercer día, al alba, Lumenor estaba en ruinas, el ejército de los reinos aliados quebrado y la victoria del nigromante estaba próxima. Por desgracia, el curso de la batalla y de la guerra cambió cuando hizo su llegada triunfante el gran paladín de la época, Roland Silwind, del linaje de Thorwyn, al frente de un ejército de diez mil caballeros de la luz. A lomos de su corcel blanco y empuñando la legendaria espada mágica de Thorwyn, Roland y su ejército cayeron como flechas sobre la horda de Valanor, destruyendo por completo sus huestes. Al ver que la derrota estaba asegurada, Reghorn abandonó a Valanor a su suerte y los paladines lo capturaron frente al Bastión de la Luz, el alcázar de las serafines. Todo por lo que había luchado, todo cuanto había sacrificado, todo cuanto había conseguido estaba perdido. «Todo —apretó los puños—. Absolutamente todo.»

Sus soldados habían muerto o fueron capturados, pero el castigo que Valanor sufrió fue aún peor, y en más de una ocasión pensó que la muerte habría sido mil veces mejor. Gwendolyn, la reina de las serafines, exigió su cabeza en pago por los cientos de miles de individuos de su raza que perecieron en la batalla. Roland se negó, afirmando que el brujo

debía ser juzgado en presencia de los doce grandes y sabios archimagos que formaban el Concilio Blanco de Alto Avlen. Así que lo llevaron hasta la ciudad-reino de los magos, construida sobre las cataratas de Río Alto, donde los señores de la magia lo juzgaron en un juicio que nunca antes se había llevado a cabo hasta ese momento.

Los Doce, liderados por el archimago supremo Balgruuf Godfaith, lo acusaron de genocidio y de sumir el mundo entero en la oscuridad y la destrucción, suficientes motivos para satisfacer a lady Gwendolyn y cortarle la cabeza; pero, para sorpresa del nigromante, el Concilio Blanco decidió que la muerte no era un castigo suficiente para compensar todo el mal que había hecho.

«Merece un castigo ejemplar», recordó escuchar decir a Godfaith durante el juicio. Y un castigo ejemplar fue lo que recibió, pues le condenaron a sufrir una de las penitencias más terribles y dolorosas que existía para un mago: el ritual *Guur Urktar*, o la escisión del alma, que le despojaría de todos sus poderes y del don de la larga vida, concedido por los dioses a los magos.

El *Guur Urktar* solo se había practicado una vez en toda la historia de Erodhar, pues el único modo de llevar a cabo el ritual y provocar una fisura permanente en el alma del condenado, era mediante un proceso largo y doloroso. Los Doce en persona hicieron los honores. El dolor que sintió Valanor fue indescriptible, una agonía que nunca creyó que sería capaz de experimentar, e incluso a día de hoy recordaba aquello con terror y espanto. Cuando todo terminó, cuando las varas de los archimagos dejaron de brillar, su alma quedó reducida a algo menos que nada. Sus poderes habían desaparecido, y eso era como estar desnudo, incompleto, indefenso...

Tras recibir el castigo, Valanor el Destrozado, como le nombraron a modo de burla, fue puesto en libertad; ya no representaba un peligro. Ni siquiera se molestaron en vigilarle. Le permitieron marchar para vagar por los confines más lejanos y oscuros de Erodhar, a merced de una muerte lenta y dolorosa. Una muerte que nunca llegó...

Tal vez el ritual no funcionó como los archimagos habían planeado, o tal vez en su interior había algún poder más allá del de un mero mortal. Nunca supo cuál fue la razón, pero, cuando vio que la muerte no venía a buscarle, empezó a sentir esperanza. Esperanza de que algún día podría recuperar lo perdido.

Después de varios meses, quizás años, vagando de un lado a otro, encontró refugio en el castillo abandonado de Rhungvald, situado en las lejanas Tierras del Amanecer, en el este de Thaldorim, más allá de las Presas Oscuras de Argoroth y al sureste de las Tierras Altas de Modgard. Allí permaneció oculto, expectante, consumido por el odio y los deseos de venganza. Venganza que, tras casi mil cuatrocientos cincuenta años de espera, al fin estaba preparado para alcanzar.

—Al fin... —murmuró entrecerrando los ojos.

El sentimiento de impaciencia palpitaba de manera irritante en el interior de su estómago, como si fuera un mosquito que no paraba de incordiarle. Se había apoderado de él durante la noche y lo había torturado mientras la espera y el insomnio se hacían cada vez más largos e insoportables. La ira, el odio, la rabia... la ira otra vez. Esos sentimientos fueron su única compañía durante mucho, mucho tiempo, consumiéndole por dentro como una lombriz consumiría una manzana podrida. Y ahora podía sentirlos todos a la vez, con más intensidad conforme el ocaso desaparecía para dar paso al amanecer de un nuevo día. Uno oscuro, como había sido gran parte de su vida.

Los muros de la estancia en la que se encontraba estaban fríos, desnudos y llenos de manchas. Habían pasado siglos desde la última vez que alguien subió hasta allí arriba, así que los pocos muebles que había estaban cubiertos por una gruesa capa de polvo. La cama no era más que un lecho sencillo con un colchón relleno de paja, un par de mantas de lana comidas por las polillas y una almohada ennegrecida por el paso del tiempo y el moho. En la chimenea hacía mucho tiempo que nadie encendía un fuego y en el lugar de la lumbre había

un escudo de armas roto, perteneciente a la familia de nobles que había vivido en Rhungvald en el pasado. Por desgracia estaba demasiado desgastado como para reconocer algo del dibujo que formaba el blasón.

«En otros tiempos, esta debió ser la estancia privada de un rey —se dijo Valanor pensativo—, o de sus hijos, o de sus hermanas, o de sus amantes...»

La puerta de la habitación estaba cerrada. Aunque el hechicero le daba la espalda, sus oídos estaban atentos para captar cualquier sonido que le indicara que alguien se acercaba por el pasillo. Había encargado a sus esclavos goblin la preparación de las mazmorras para el ritual que tenía planeado llevar a cabo aquel día. Un ritual para recuperar el poder de antaño, y así poder vengarse de los descendientes de aquellos que le hirieron y le desterraron casi mil quinientos años atrás.

«De un momento a otro vendrán a avisarme —se decía Valanor inquieto e impaciente—. De un momento a otro...» El problema era que ya estaban tardando demasiado, lo que solo podía significar que sus esclavos no estaban haciendo bien su trabajo o no ponían el empeño suficiente para concluir a tiempo. En cualquier caso, no le gustaba en absoluto aquella tardanza. No podía ser que, llevando cientos de años preparando ese momento y cuidando hasta el menor de los detalles, las cosas se torciesen por culpa de unos malditos goblin incapaces de seguir sus órdenes.

Los goblin no destacaban por su inteligencia o su fuerza, eran más bien débiles y bastante estúpidos, pero eran las únicas criaturas más inteligentes que los animales salvajes que Valanor había podido engatusar para que fueran sus siervos. Un puñado de goblin y un ogro obeso llamado Ghergro, cuya única responsabilidad era la de vigilarlos y azotarlos para no dormirse en los laureles. Por desgracia, el ogro se pasaba el día borracho, bebiendo hidromiel o durmiendo en las mazmorras.

Tal vez debería haber supervisado los preparativos en persona. Aunque había dado instrucciones precisas a sus siervos de cómo debían preparar la mazmorra para el ritual, siempre cabía la posibilidad de que cometieran algún error, sobre todo con el estúpido ogro encargado de asegurarse que hacían bien su trabajo. Los goblin habían aprendido a tenerle miedo a Ghergro y a su látigo, pero si estaba borracho no se enteraba de nada de lo que pasaba a su alrededor.

«Si está borracho lo mataré —se dijo Valanor—. Lo haré pedazos, aunque eso me cueste perder todo lo que he conseguido hasta ahora.» A pesar de haber recuperado suficiente magia y energía para llevar a cabo el ritual, estaba muy lejos de poseer la plenitud de sus poderes. Tenía que apreciar cada gota de magia de la que disponía como si fuera su propia vida y no desperdiciarla en realizar conjuros inútiles.

Sus oídos captaron el sonido de unas pisadas y, pocos instantes después, la puerta de roble de la estancia se abrió a su espalda. El hedor fétido que desprendía la criatura situada de pie en el umbral llenó la habitación en cuestión de segundos. Ghergro era como la mayoría de los ogros: alto, musculoso, con una cara deforme y ruda que, de no ser por la seriedad de su rostro, podría parecer incluso cómica. Siempre vestía unos harapos mugrientos y desaliñados, demasiado pequeños para cubrir algo más que sus vergüenzas.

La presencia del ogro, aunque imposible de ignorar por culpa del hedor que desprendía, no había perturbado en absoluto a Valanor, quien seguía mirando de manera obsesiva hacia el exterior del castillo.

Ghergro aguardó unos instantes antes de mover los labios y hablarle a su amo con una voz fría y temblorosa:

—Mi señor... Todo está... preparado.

«¡Por fin! —celebró Valanor. Sus labios delgados y rojizos esbozaron una sonrisa malévola—. La espera ha terminado. Podré recuperar todo mi poder y retomar mi vida de antes, a partir del momento en el que me la arrebataron.»

—Coge el libro, Ghergro —le ordenó con frialdad a su siervo, señalando un enorme tomo de cuero negro que descansaba encima de la única mesita que había al lado de la cama. Desde que había encontrado ese volumen, no se separaba en ningún momento de él. Lo llevaba a todas partes; hasta cuando dormía lo colocaba bajo la almohada, para asegurarse que nadie se lo robaba.

El ogro obedeció las órdenes de su señor y colocó sus enormes y deformes manos entorno al compendio. Era grande y voluminoso y, como descubrió Ghergro al cogerlo, muy pesado. Sobre la tapa, justo en el centro, había incrustado un medallón metálico laqueado en oro. El artesano de aquel libro había tallado el rostro grotesco y aterrador de un demonio en la superficie del medallón, mientras que en el borde de la circunferencia había pequeñas runas antiguas, símbolos de un idioma ancestral que Valanor había aprendido en su juventud.

«El antiguo tylisio fue el idioma del poder, de la magia y de las primeras civilizaciones — se dijo mientras se dirigía hacia la puerta para abandonar la estancia—. Ahora será lo que me devolverá mi antigua vida.»

Ghergro colocó el libro bajo su brazo derecho y abandonó la estancia precedido por su señor. Juntos recorrieron en silencio los pasillos lúgubres y oscuros del castillo; corredores que tantas veces había recorrido durante los mil cuatrocientos años que estuvo obligado a permanecer allí encerrado, y que conocía como la palma de la mano. Aun así, en ese momento le parecieron eternos.

Tras bajar la larga escalinata con forma de caracol por la que había subido hasta el último piso de la torre, torcer un par de veces a la izquierda de un pasillo sin ventanas, bajar más escalones, recorrer pasillos situados bajo el castillo y, de nuevo bajar una escalinata, alcanzaron un pequeño atrio en cuyo extremo más alejado había una puerta doble con remaches de hierro oxidado. El ogro fue el que la abrió, empujándola con su brazo, y después se adentró con torpeza en la estancia. Valanor se detuvo unos instantes en el umbral y admiró la mazmorra que había elegido para llevar a cabo el ritual. Si había algo que sobraba en aquel castillo eran salones amplios y cómodos, grandes estancias y salas de reuniones; sin embargo, lo que él necesitaba era una mazmorra. Por suerte la fortaleza también gozaba de un gran número de calabozos bajo sus cimientos, de modo que el hechicero no tuvo ningún problema en encontrar el lugar perfecto para lo que estaba a punto de invocar.

«Aquí podré contenerlo. Aquí podré dominarlo», se dijo, admirando la mazmorra. Se trataba de una sala grande, de techo tan alto como el de un santuario. No había ventanas. Las antorchas asidas por soportes de hierro enganchados en las paredes y las velas que flotaban en el aire, dispersas por todo el lugar, eran la principal fuente de luz. En el otro extremo, justo delante de la puerta, había una gran chimenea de piedra con rostros grotescos y demoníacos esculpidos a lo largo de la repisa. En su interior ardía un fuego potente y vivaz, cuyo crepitar era el único sonido que se escuchaba en ese momento.

A ambos lados de la estancia había grandes estanterías polvorientas que antaño debieron estar repletas de libros. Ahora solo quedaban utensilios de tortura, mugre y telarañas. Los esclavos goblin estaban en el centro de la sala. Eran cuatro hombrecillos delgaduchos y muy pálidos. Sus cabezas eran pequeñas y sin pelo. Al igual que Ghergro, vestían harapos mugrientos y malolientes, hechos jirones de tanto usarlos. Sus pies descalzos tenían un tamaño considerablemente grande en comparación con sus cuerpos, y en los brazos llevaban marcas cicatrizadas de latigazos. Sus rostros deformes y repugnantes reflejaron terror cuando notaron la presencia de Valanor. Eso le complació, pues hubo un tiempo en el que era capaz de provocar esa clase de reacción en reyes, magos y señores de castillos por igual, recordó sonriente mientras se adentraba en la sala. Si recuperaba su antiguo poder, también recuperaba la satisfacción de infundir el miedo en la gente.

Los goblin se retiraron a un lateral de la sala, con las miradas clavadas en sus propios pies, para dejar a Valanor estudiar lo que habían construido. Se trataba de un altar con un gran arco de piedra encima. Alrededor había velas de poco más de una vara de altura, colocadas

de manera simétrica una respecto a la otra, formando así una gran estrella de nueve puntas. Todo parecía estar en orden, tal y como les había ordenado. Sentía alivio en ese aspecto. Muchas eran las cosas que podían salir mal si los preparativos no se hacían de manera correcta. Por suerte no era el caso. Todo estaba en su sitio.

Satisfecho con que esa parte del plan hubiera salido bien, Valanor se dirigió hacia la nave lateral derecha de la sala, donde le esperaba una pequeña mesa de madera pintada, sobre la cual Ghergro había depositado el libro. Parecía el mostrador desde el cual alguien daría un discurso.

«Será un discurso —pensó mientras se posicionaba tras la mesa, mirando hacia el arco de piedra—, pero de hechizos y conjuros.» Sus pálidas manos empezaron a acariciar el lomo y la cubierta del libro. Quería sentir el roce de la piel sobre la tapa dura de cuero, saborear ese momento al máximo; a fin de cuentas, para él representaba la culminación de un arduo trabajo llevado a cabo a lo largo de siglos y siglos de exhaustiva preparación. Cuando se hubo satisfecho, puso su dedo índice en el rostro del demonio tallado en la superficie del medallón. Su uña rasgó la superficie de metal y sus labios pronunciaron unas palabras apenas audibles, en un idioma desconocido para los demás. Al instante la cerradura del libro se abrió con un sonoro *jlic!*, y Valanor reveló el interior.

Las páginas presentaban un alto estado de degradación; aun así, todos los símbolos y las runas eran perfectamente legibles.

«Elementales de fuego, quimeras de las sombras, demonios menores...», leyó para sus adentros mientras pasaba, una a una, las páginas amarillentas. Aunque en el tomo las palabras estaban escritas en antiguo tylisio, en su cabeza las leía en la lengua común.

Cuando alcanzó la página que buscaba, se paró y leyó en voz baja:

—Demonios del Agrathor. Invocaciones.

Su dedo índice se había parado sobre el dibujo de un demonio alado. Alrededor de la figura había montones de garabatos rúnicos, así como indicaciones escritas a mano por antiguos poseedores de aquel libro, advirtiendo sobre la peligrosidad que tenía llevar a cabo cualquiera de esos hechizos y conjuros. Haciendo caso omiso de todas las advertencias, Valanor empezó a leer las instrucciones sobre cómo invocar al demonio. Había estudiado antes aquel tipo de magia, y sabía más o menos en qué consistía.

«Hay que abrir un portal que conecte este mundo con el Agrathor, el mundo de los muertos», recordó. Según estaba leyendo en el libro, había una serie de pasos que debía seguir para ello, como pagar el precio de la sangre y después recitar el conjuro como si fuera un poema, palabra a palabra, con claridad y firmeza en la voz. Lo más importante era que el conjuro tenía que recitarlo en antiguo tylisio, de lo contrario no surtiría efecto; y que, al abrir el portal provocaría una fisura, una brecha entre Agrathor y Erodhar que debía contener mediante la magia para que no se extendiera y conectara los dos mundos para siempre. Por esa razón había ordenado a sus esclavos la construcción del arco de piedra, pues en su interior podía contener la brecha e impedir que se hiciera más grande de lo necesario para invocar al demonio.

Una vez leídas y comprendidas todas las instrucciones, Valanor se dispuso a iniciar el ritual.

«Allá vamos...», se dijo, alzando la mano derecha con el puño cerrado. Haciendo uso de todas sus fuerzas, apretó el puño con intensidad, y sintió cómo las largas, afiladas y amarillentas uñas se le clavaban en la palma de la mano. Su pecho subía y bajaba con frenesí. Su ritmo cardíaco crecía a causa de la emoción. Podía notar los hilillos de sangre recorriendo su muñeca y goteando en el suelo, así como el molesto escozor causado por las heridas.

«Es un precio demasiado bajo a pagar, comparado con el poder que obtendré», se dijo mientras abría y cerraba el puño para que la sangre brotara con más intensidad.

Algunas gotas de color escarlata salpicaron las amarillentas páginas del libro, pero tampoco importaba demasiado, pues unas cuantas manchas más no supondrían mucha



diferencia. Cuando Valanor sintió el puño empapado de sangre, empezó a leer el conjuro con claridad, alzando la voz poco a poco.

—*Gurasnun 'Dumm Abe 'thari...* —la voz le tembló por unos instantes, pues enseguida aparecieron rayos de color azulado alrededor de la mano; lo que leía estaba surtiendo efecto—. *Aber 'thur abmad hidjun...*—«Los poderes de la oscuridad», se dijo mientras los rayos se fundían con la sangre, convirtiéndose en una diminuta esfera luminosa que iba aumentando de tamaño poco a poco. Aquello le hizo sentir un dolor intenso en la mano, pues el calor de la esfera le estaba quemando la piel—. *Gurasdunum 'Sub ad Umn* —siguió recitando, a pesar del dolor.

El tamaño de la esfera siguió aumentando hasta que duplicó el tamaño del puño de Valanor. El dolor que sentía también se intensificó, pues el calor que emanaba la esfera era tal, que la piel de su mano había empezado a calcinarse. Por unos instantes estuvo tentado de pararlo todo y renunciar a sus sueños, pero no lo hizo. Sabía que no podía detenerse ahora, habiendo llegado tan lejos. Jamás se perdonaría dar marcha atrás por culpa de un mísero dolor en la mano, sobre todo después de haber sobrevivido la terrible aflicción inculcada a su alma por el Concilio Blanco, cuando Los Doce le dejaron sin sus poderes.

«Con gusto daría mi mano entera, si con ello recupero todo el poder», pensó mientras apretaba los dientes. Su rostro, antaño seco, estaba empapado en sudor.

Armándose de valor y manteniendo la voz todo lo firme que le era posible, recitó el final del conjuro:

—¡*Mund 'damon, Mund 'damun, Mund 'daman!*

En cuanto recitó las palabras, la esfera brilló con más intensidad, y de su interior empezaron a brotar chispas de distintos colores. Sin pensárselo dos veces, Valanor proyectó la esfera hacia el interior del arco de piedra. Los fuegos de las velas que rodeaban el altar parpadearon y empezaron a unirse entre ellos, formando rayos de color anaranjado, siendo en ese momento visible la estrella de nueve puntas.

El interior del arco de piedra brilló con intensidad, y una cortina de gas transparente apareció de repente. Al otro lado de la cortina podían verse partes de un relieve aterrador: grandes y oscuras montañas de fuego bordeadas por ríos y cascadas de magma; columnas de vapor, tierra calcinada y altas torres de acero negro como la noche.

—Lo logré —musitó Valanor en voz baja; estaba al límite de sus fuerzas. La piel de su mano herida estaba calcinada, así que tuvo que apoyar los codos en la mesa para no caerse. Tenía el rostro empapado en sudor y respiraba con dificultad, pero sus ojos siguieron abiertos a pesar de que parecía estar a punto de desmayarse—. Ya tendré tiempo para descansar más adelante. Ahora es el momento de contemplar mi obra.

Los rayos brillantes de color anaranjado de las velas chocaron con la esfera y la cortina de gas transparente. La colisión hizo que temblaran los cimientos de la sala, pero en medio de esa luz cegadora, algo empezó a adquirir forma. Lo primero que apareció fue una cabeza grande, feroz, con largos y afilados cuernos situados a ambos lados de la frente. Después apareció el cuello, el torso, agrietado y rodeado de llamas, y los brazos largos y musculosos. En las manos tenía uñas tan afiladas que parecían cuchillas.

«¡Vamos! ¡Sal! ¡Ven a mí!» Lo siguiente que surgió de la luz brillante fueron la cadera del demonio, las piernas, y una larga cola cubierta de escamas. Por último, le crecieron en la espalda dos gigantescas alas, que se extendieron a ambos lados del cuerpo como abanicos de piel translúcida, tensada sobre una estructura de huesos largos y finos.

La esfera dejó de brillar y la cortina de gas transparente desapareció. La sala se sumió en el más absoluto silencio. El demonio yacía inmóvil en medio del arco de piedra, tan alto como un gigante y tan feroz como un dragón. Su cuerpo estaba rodeado de llamas rojas, anaranjadas y doradas. Desprendía tal calor, que podía verse la calima en el aire que lo rodeaba.

Ghergro, que estaba al lado de la puerta, miraba al demonio boquiabierto, y los goblin, en el otro extremo de la sala, parecían estar a punto de hacérselo encima. Valanor era el único que admiraba su obra triunfante. Tenía el pecho hinchado de orgullo, y en el rostro mostraba una sonrisa de oreja a oreja; la sonrisa del éxito.

El demonio, sin embargo, no parecía compartir ninguno de los estados de ánimo presentes en la sala. Sus ojos empezaron a recorrer la estancia de un lado al otro, como si estuviera preguntándose cómo había llegado hasta allí. Se veía confuso, pero no asustado. Sus manos colgaban a ambos lados de su cuerpo y yacían inmóviles, inofensivas; Valanor sabía que cuando llegaría la hora de luchar, aquellos brazos musculosos y rodeados de llamas se convertirían en las armas más poderosas y peligrosas que podían existir. Eso y el ejército de *no-muertos* que iba a conseguir, pues esa había sido la parte más importante de su plan. Los demonios del Agrathor eran los señores del mundo de los espíritus y, por tanto, poseían el poder para levantar a los muertos y hacerlos luchar para ellos. De modo que la primera orden que le daría sería que le proporcionase un ejército numeroso con el que marchar sobre los cuatro continentes conocidos de Erodhar.

Mientras Valanor admiraba el resultado de su obra maestra, los ojos del demonio se posaron al fin en él.

—Bienvenido al mundo de los mortales —dijo el hechicero sonriente—. Te he invocado y has de someterte a mi voluntad. ¡Soy tu señor!

Aunque el demonio no habló, a Valanor no le gustó en absoluto la expresión de su rostro. Era como si le estuviera atravesando con la mirada, reflexionando sobre el modo que debería emplear para matarle.

«¿Es posible que algo no haya funcionado bien? —se preguntó preocupado—. ¿Por qué no me obedece?»

—Soy Valanor... —quiso hablarle por segunda vez, pero fue interrumpido por el terrible rugido del demonio.

—¡RRRRRRRRRAAAAAAAAAARRRRRRRRRRRRGGGGGGHHH!

Fue tan espantoso y estrepitoso que las paredes de la sala temblaron. Las llamas que rodeaban su cuerpo ardieron con mucha más intensidad, como si de la erupción de un volcán se tratase, y cuando extendió las alas y planeó hasta el lugar donde estaban los cuatro goblins, lo hizo a tal velocidad que lo único que Valanor alcanzó ver fue sus cuerpos diminutos siendo aplastados de un solo golpe. Ante tal atrocidad, Ghergro abrió la puerta y abandonó la sala corriendo. Valanor le siguió con la mirada durante unos instantes, hasta que vio al demonio acercándose paso a paso a él.

—¡Alto! —le gritó desesperado, mientras retrocedía hacia atrás—. ¡Detente! ¡Te he invocado y me debes lealtad! ¡Sométete a mi voluntad! ¡*Morghor'ghraas!*

Si había tenido la esperanza de que el demonio le hiciera caso, quedó totalmente decepcionado. La bestia parecía estar fuera de control, dejando escapar la ira por cada una de las escamas que cubría su cuerpo. Sus terribles ojos parecidos a los de un reptil, brillaron y los cuerpos sin vida de los goblin comenzaron a moverse. El golpe que los mató había fracturado cada hueso de sus diminutos y delgaduchos cuerpos, pero cuando se levantaron, con los ojos rojos y desenfocados, la boca abierta y amoratada, parecían estar en perfecto estado.

Al ver aquello, Valanor trató defenderse empleando la magia. Con las pocas gotas de energía que le quedaban en el cuerpo, logró invocar una serie de ráfagas de esferas arcanas que proyectó hacia los goblins, pero el ritual de invocación lo había agotado hasta tal punto que sus ataques apenas fueron capaces de acariciar a los *no-muertos* mientras avanzaban hacia él. Desesperado, Valanor corrió hasta la pared, donde agarró una antorcha y regresó para hacerles frente.

—¡Detenlos! —Le gritó al demonio, pero este se mantuvo inmóvil—. ¡Te ordeno que los detengas!

Cegado por la ira, Valanor cargó contra los goblin con la antorcha en alto. Su brazo descendió en picado y golpeó con el extremo de la llama a uno de ellos en el pecho. Las ropas mugrientas se prendieron y las llamas consumieron al pequeño trasgo hasta reducirlo a cenizas. Los otros se detuvieron asustados. Valanor aprovechó para golpear a otro más. Al igual que a su compañero, las llamas le engulleron hasta consumirlo del todo.

—¡Atrás! —Gritó Valanor, levantando la antorcha por encima de la cabeza.

Los goblins le obedecieron, pero solo porque el demonio se lo ordenó. De repente y sin previo aviso, Valanor sintió como sus pies se despegaban del suelo. La mano del demonio le había agarrado por el cuello, para estamparlo contra el muro de la mazmorra. El hechicero ahogó un grito de dolor y empezó a verlo todo borroso. El calor de las llamas que rodeaban el cuerpo del demonio le abrasaba la cara, y su mano le estaba ahogando poco a poco.

—De-ten-te... —murmuró con el último aliento que le quedaba.

El demonio no escuchó sus suplicas. Sus manos apretaron con más fuerza, clavándole las uñas afiladas en la yugular. Un dolor atroz atravesó cada pulgada de su cuerpo y, por unos instantes, pudo oír el sonido de sus propios huesos al crujir ante la presión de aquella poderosa garra.

La cabeza le empezó a dar vueltas y todo ante sus ojos quedó sumido en una gran oscuridad.



A cientos de leguas de distancia, Valiant se despertó en medio de la noche, confuso y empapado en sudor.

«Me ha vuelto a pasar», fue lo primero que se le cruzó por la mente.

Tras asegurarse de que se encontraba en su habitación y no sumido en una pesadilla, se incorporó en la cama y empezó a frotarse la cara con las manos. Notaba su pulso acelerado y sentía un extraño pinchazo en el pecho.

«¿Qué me está pasando? —La preocupación hacía mella en él—. ¿Por qué tengo estos sueños?»

Aquella era le enésima vez que se levantaba en plena madrugada por culpa de una pesadilla. Por alguna razón que desconocía, llevaba varios meses teniendo sueños que luego no podía recordar. Y siempre ocurría lo mismo: se despertaba asustado, con jaqueca, empapado en sudor y cansado; muy cansado. La sensación era la misma que si hubiera corrido una larga distancia. Pero eso no era lo que más le preocupaba. Lo que le asustaba de verdad era el pánico que sentía en la boca de su estómago. Un miedo atroz e irracional, pues no sabía qué era lo que lo provocaba.

«Desde luego, no es el dolor de cabeza.» Soltó una larga exhalación e intentó tranquilizarse. Sentía su cerebro abarrotado con demasiada información y sus sienas palpitaban por culpa del dolor. Tuvo que masajearlas para aliviar un poco la aflicción.

«Tampoco puede ser fruto del cansancio», siguió reflexionando. Dado que era un justador, estaba acostumbrado al esfuerzo físico a diario y en los combates de justa había sufrido dolores mucho más intensos y molestos que el que sentía en ese momento en la cabeza. Se había roto costillas y abierto la testa en varias ocasiones; había recibido golpes en el torso que le dejaron sin respiración e incluso una vez fue derribado junto a su caballo, que cayó sobre su pierna derecha. Al sentir el hueso romperse, un dolor espantoso recorrió cada pulgada de su cuerpo y, antes de darse cuenta se había desmayado. Cuando despertó, unos días más tarde, tenía la pierna inmovilizada, apenas podía moverla y un suplicio inhumano lo acompañó durante varios meses.

No, el dolor no era lo que provocaba la angustia que sentía en lo más profundo de su estómago. Era otra cosa. Algo distinto, sombrío, ajeno a su entendimiento. No podía explicar cómo lo sabía, pero estaba seguro de tener razón. Había algo oculto en sus pesadillas; algo importante. Quizás una advertencia sobre la llegada de algo peligroso...

—Si tan solo pudiera recordar algo —se mortificó.

Pero no podía, nunca podía, y eso que se habían estado repitiendo de manera obsesiva. Al principio con poca frecuencia; nada preocupante. Pero, con el paso del tiempo las pesadillas aparecieron cada vez más a menudo, dejando atrás un remolino de imágenes borrosas.

—Y esta vez ha sido más intensa que nunca.

Despacio, pues estaba algo mareado, se levantó y se acercó a la mesita que había junto a la entrada de la habitación, donde descansaba un cubo lleno de agua. Metió las manos en el interior y se empapó la cara y su largo pelo. Su rostro acalorado agradeció la frescura, que incluso le alivió un poco el dolor de cabeza.

Tras secarse con un paño, se dirigió hacia la ventana y se quedó admirando el reflejo de la luna, cuya luz bañaba las pavimentadas calles que había al otro lado del cristal. Su mente seguía intentando procesar lo que había visto. Se esforzaba en recordar algún detalle que sirviera para desenredar ese misterio. Sabía que se trataba de la misma pesadilla debido a la sensación amarga que le dejaba cada vez. De tanto repetirse, se había vuelto inconfundible. Por eso le frustraba el no poder descifrar siquiera alguna de las imágenes borrosas que tenía en la cabeza; un detalle, por pequeño que fuera.

«Los pasillos oscuros», pensó de repente. Aunque no estaba del todo seguro, tenía la sensación de haber recorrido los pasadizos de una mazmorra; tal vez de un castillo. Lo malo era que no recordaba haber pisado el interior de ninguno en los últimos meses. Así que, ¿por qué iba a soñar con lugares en los que nunca había estado?

Aparte de eso no recordaba gran cosa. En su subconsciente podía vislumbrar la silueta de un hombre alto y delgado que recorría esos pasillos, pero no dejaba de ser una mera intuición; no un recuerdo verídico. Lo bueno de aquello era que, de ser real, le confirmaba que él no era el hombre de las pesadillas. A sus poco más de veinticinco años, Valiant era un hombre robusto, curtido en las innumerables prácticas con la espada y entrenamientos con la lanza para los torneos de justa.

Y pese a todo, tenía la certeza de haber oído una voz dentro de su cabeza. Era como un eco distante; de otra época, de otra vida. Eso le asustaba más que ninguna otra cosa. Las palabras resonaban como si hubiera estado presente cuando aquel hombre misterioso las dijo. Por desgracia no entendía su significado, pues no hablaba la lengua común ni ninguna otra que conociera. Solo había una cosa de la que estaba totalmente seguro: la pesadilla no presagiaba nada bueno. Su padre siempre le había dicho que los sueños en los que aparecían personas desconocidas hablando en idiomas que no era capaz de entender, eran sueños peligrosos, con magia oscura de por medio.

—Padre... —murmuró entrecerrando los ojos.

Su rostro se entristeció al recordar al hombre que le dio la vida. Aunque habían pasado casi siete años desde que Wendell Wedford murió, no pasó ni un solo día en el que no se sintiera triste, e incluso culpable. ¿Cómo habría sido su vida en ese momento si su padre siguiera allí, para guiarlo y protegerlo, como había hecho desde que nació? No tenía ninguna duda de que sería muy diferente.

Su madre también había muerto, durante el parto, de modo que nunca la llegó a conocer. Los únicos recuerdos que tenía de ella se los debía a su padre. Sabía que fue una elfa de belleza y bondad descomunal, pero, por mucho que le hablaran de su forma de ser o de su aspecto físico, no conseguía imaginársela. Durante los años que pasó en Haddaras, el reino de los elfos, había visitado la tumba de su madre en algunas ocasiones. Estaba cerca de un pequeño arroyo en mitad del bosque, donde crecían flores de bellos colores. La familia de su

madre eran los Reirynd, una antigua casa de druidas, y habían inmortalizado su aspecto mediante una efigie que adornaba la tumba. A pesar de ello, por mucho que Valiant mirara aquel rostro de mármol frío, nunca halló el calor maternal que echaba de menos desde su infancia.

Los primeros rayos de sol se colaron por la ventana e iluminaron el rostro de Valiant. Era un joven alto, de complexión rocosa y rasgos típicos de los hombres del sur. Su melena era de color castaño oscuro, tenía las cejas arqueadas y delgadas, las pestañas poco pobladas y en la barbilla lucía una fina perrilla del mismo color que su pelo. Tenía la tez rojiza debido a las horas de entrenamiento bajo el calor abrasador del sol, lo que destacaba el color gris verdoso de sus ojos. En el hombro derecho lucía una extraña marca: un fénix rojizo con las alas extendidas a los lados. Aunque a simple vista parecía un tatuaje, no había ni rastro de tinta y el dibujo estaba, de algún modo, esculpido bajo la piel. Cuando le preguntó a su padre por el origen de aquel estigma, no le dio ninguna respuesta coherente. Tan solo le explicó que algunos hombres tenían marcas de nacimiento; a veces simples manchas; otras, dibujos complejos con formas de animales o antiguos símbolos. Era responsabilidad de cada individuo averiguar su significado, dado que muchas veces profetizaban el destino que los aguardaba.

Cuando el cielo empezó a iluminarse el dolor de su pecho había cesado casi por completo. Mientras extendía la mano para abrir la ventana y dejar entrar el aire limpio y fresco de la mañana, observó en el cristal su propio reflejo; pero, por un instante no vio su rostro, sino la silueta de aquel hombre misterioso de sus sueños. ¿Quién era? ¿Qué hacía? ¿Qué decía? Y, sobre todo, ¿por qué le atormentaban a él, entre todos los hombres, las dichas pesadillas? Aunque una parte de él deseaba que los malos sueños cesaran, otra ansiaba que siguieran para llegar al fondo de ese asunto y resolver el misterio.

Agobiado, cerró los ojos y apoyó la frente en el cristal de la ventana. El frescor alivió por completo el dolor de cabeza. Poco a poco se relajó y se dejó invadir por una sensación de paz. Un sosiego que acabaría en cuanto la ciudad entera despertase y comenzasen los torneos de esgrima, tiro con arco y, sobre todo, el torneo de justa.

Consciente de que era demasiado temprano para abandonar sus aposentos, regresó a la cama con la intención de dormir un par de horas más —aunque sabía que en ese momento le sería mucho más fácil convertirse en un dragón que volver a conciliar el sueño—. Más tarde le tocaría pelear en la arena y necesitaba todas las fuerzas que podía reunir, así como tener la mente despejada. Aunque los combates a muerte estaban prohibidos, siempre podían ocurrir accidentes si jinete y bestia no estaban en forma.

Al tumbarse, sus ojos captaron un tenue brillo. Era la empuñadura de su espada, *Trueno*, que reflejaba los rayos de sol que se colaban por la ventana abierta. Había pertenecido a su padre y, momentos antes de partir a la guerra en la que perdió la vida, se la regaló como parte de su herencia. Siempre que le hablaba de la espada, Wendell le decía que era muy valiosa porque había sido forjada miles de años atrás por un herrero que empleó conjuros mágicos a la hora de templar el metal. Cada vez que se acordaba de la historia, pensaba que, si se la hubiese llevado con él, tal vez no habría muerto en la guerra.

A pesar de todo, amaba ese trozo de acero. Era el único objeto que lo ligaba al pasado, a su padre. Además, era una espada digna de un rey. La empuñadura y la guarnición eran de las más hermosas que había visto jamás, de un color dorado, con pequeñas incrustaciones de símbolos y runas. El pomo también era dorado y tenía la forma de la cabeza de un fénix. La hoja era larga y el acero de gran calidad, brillante y afilado, sin un solo arañazo. Aunque tenía una longitud y anchura mayor que una espada de una mano, tampoco era tan grande como un mandoble, y se podía esgrimir con dos manos o con una, adaptándose a cualquier estilo de lucha. Siempre que la agarraba con firmeza, sentía el balance perfecto de la hoja, que bailaba de manera espectacular entre sus manos.

Entrecerró los ojos y trató de vislumbrar una última vez al hombre de su pesadilla. No tardó en darse por vencido y admitir su fracaso. Aunque se prometió que, la próxima vez, estaría mucho más atento para observar algún detalle.



## CAPÍTULO I

# EL FESTIVAL DE LA CERVEZA

La provincia de Silverton era famosa por sus prados verdes, montañas altas, extensos bosques y ríos y lagos de aguas cristalinas; sin embargo, no era eso lo que atraía cada año a su ciudad a miles de personas procedentes de todos los rincones del Reino Unido de Aldaeron.

El Festival de la Cerveza, celebrado a principios del otoño, era una de las mayores festividades del reino y se extendía a lo largo de una semana repleta de todo tipo de espectáculos, entre los cuales destacaban los duelos de espada, los torneos de tiros con arco y las justas: combates entre dos hombres montados a caballo y armados con una larga lanza de madera, que consistían en golpear al adversario para derribarlo de la montura mientras ambos jinetes iban galopando desde extremos opuestos hasta encontrarse en medio de la liza.

Aquel año de 1457 de la Tercera Edad el festival prometía más que nunca. El propio lord Marco Lintari, señor de la provincia de Silverton, se había encargado de organizar los torneos y demás espectáculos, contratando a juglares, bardos, titiriteros, malabaristas y a muchos artistas más con el fin de entretener a la gente durante los días de festejo. Caballeros de todas partes del reino, al igual que las prestigiosas escuelas de justadores, habían llegado a Silverton hacía una semana para participar en los torneos, ganar el honor y, sobre todo, el suculento premio de mil monedas de oro que recibía el ganador de la contienda.

Aunque antaño en los torneos de justa solo tenían derecho a participar los hombres de noble cuna y aquellos que ostentaban el título de caballero, las cosas cambiaron aproximadamente una década atrás. Las constantes guerras contra los orcos de Khoradmar habían mantenido a los señores y sus caballeros luchando en el sur durante muchos años; de modo que, durante algún tiempo, no se celebraron torneos de justa. Aquella situación se alargó tanto que el pueblo llano comenzó a mostrar su descontento ante la falta de espectáculos bélicos en las celebraciones importantes, y los señores entrados en edad que ya no podían participar en una guerra, ya fuese por enfermedad o porque el trasero no les cabía en la silla de montar, decidieron hacer algo. Así pues, aprobaron una nueva ley en el Consejo de Justicia de Andorath, la capital de Aldaeron, que permitía a los hombres comunes participar en los torneos.

Así fue como surgieron las escuelas de justadores, lideradas por caballeros retirados que se encargaban de adiestrar a hombres dispuestos a luchar en el palenque a cambio de una parte de las ganancias. El resultado fue la aparición de guerreros habilidosos en el arte de la esgrima, tiro con arco y las justas, el espectáculo que más gustaba al populacho.

Durante muchos años las escuelas estuvieron a la altura, ofreciendo momentos gloriosos de entretenimiento en los festivales de cada ciudad, castillo o pueblo. Por esa razón, cuando las guerras en el sur terminaron y los señores y sus caballeros regresaron al hogar, el rey

Arnthor IV de la casa Nomenglaus en persona decretó que las escuelas de justadores podían seguir participando en los torneos y enfrentar en la arena, de igual a igual, a cualquier otro participante; ya fuera noble o caballero. Aquello contentó aún más al populacho, pues los espectáculos pasaron de ser interesantes a ser excitantes y llenos de emoción.

Lejos del bullicio de la ciudad, en el interior de una pequeña habitación de la posada conocida como el *Tejón Cojo*, Valiant se estaba vistiendo con unos pantalones de cuero y una camisa de lino. Tras engancharse el cinto con la espada y ponerse las botas, abandonó los aposentos. Había tratado en balde conciliar el sueño tras la pesadilla, pero al final se dio por vencido y decidió que aprovecharía mejor el tiempo si desayunaba algo. Después podría dar una vuelta por la ciudad con su amigo Erik, pensó mientras bajaba las escaleras que llevaban a la planta baja de la posada.

Los últimos siete años de la vida de Valiant estuvieron ligados al maestro de justas Edwin Stockdale, un caballero veterano al que le debía lealtad en pago de una deuda que su padre había contraído con él. Al morir Wendell, Valiant se vio obligado a hacerse cargo de esa deuda y el único modo que tenía de pagarla era con los beneficios que conseguía luchando en los torneos. Una tarea nada fácil, pues su vida en la escuela Stockdale no era una agradable. Se llevaba mal con la mayoría de los hombres del adiestrador, ya fuera porque algunos le tenían envidia por ser mejor luchador —tanto con la espada como con la lanza—, o simplemente porque les caía mal desde el primer día que puso un pie allí. El único hombre que le había tratado bien fue un hamathiano llamado Erik, originario de la provincia de Sindoria, quien era solo cuatro años mayor que él, así que no tardaron en hacer buenas migas.

Al bajar el último escalón y entrar en el salón principal de la posada, se sorprendió al encontrar la estancia vacía. Sabía que aún era muy temprano, pero a esa hora el maestro Edwin y el resto de sus hombres solían estar desayunando. Eso sin contar que, a parte de ellos, había más viajeros, caballeros andantes, comerciantes y otras personas que se hospedaban en el *Tejón Cojo*.

Preguntándose dónde estaba todo el mundo, tomó asiento en una de las mesas cercanas a la puerta e hizo una señal a la posadera para que se acercase. Cuando vio a la mujer de cerca, descubrió que en realidad era Rose, la hija de la ventera, una muchachita joven, menuda, de mejillas coloradas y sonrisa tímida. Desde el primer día que llegó para hospedarse en el *Tejón Cojo*, Valiant siempre la vio sonrojarse y bajar la mirada en su presencia. Aquel día no fue distinto.

—¿Qué desea, mi señor? —preguntó la joven sin levantar la mirada del suelo.

—Uhhh... ¿sabes dónde está todo el mundo? —Valiant observó que la muchachita tenía las uñas mordisqueadas. Eso le provocó un extraño sentimiento de ternura.

—N-no lo sé, mi señor —contestó con voz temblorosa—. De-desayunaron hace un buen rato y después se marcharon con vuestro jefe.

—Por favor, llámame Valiant; no soy ningún señor.

—L-lo... siento mucho, mi señor. —La chica bajó la mirada aún más. Sus mejillas estaban tan coloradas que parecían arder en llamas.

Valiant había intentado ser amable, pero enseguida se dio cuenta de que fue un error, pues la chica se veía muy avergonzada.

—No era una reprimenda —le rozó una mano para tratar de enmendar su error. Aquello fue peor. Sintió a la chica estremecerse y vio cómo su piel se ruborizaba de golpe. Para no empeorarlo todavía más, decidió apartar la mano y cambiar de tema—: Tráeme un poco de pan con queso, un par de muslos de pollo y vino, por favor.

La chica dio una pequeña reverencia y se marchó a las cocinas. Al poco rato regresó con una bandeja de madera bastante grande. Colocó el plato con la comida delante de Valiant y llenó una copa con vino, que luego dejó en el borde de la mesa.

—Q-que aproveche —murmuró.



«Gracias», quiso decirle él, pero antes de abrir la boca la chica ya estaba regresando casi corriendo a la cocina.

—Que mujer más rara... —se dijo antes de empezar a comer.

Cada vez que tenía una pesadilla, a la mañana siguiente tenía un apetito sobrehumano. Se comió el plato entero, bebió todo el vino y aún tenía algo de hambre, de modo que volvió a llamar a Rose para pedirle una empanada de carne. Satisfecho y con el cinto a punto de reventar debido a la hinchazón de su barriga, se acercó al mostrador detrás del cual la chica estaba limpiando unas copas y le agradeció por la comida. Como pago le entregó cuatro monedas de plata; dos más de lo que valía la vianda y el vino.

Emprendió la marcha hacia la salida justo cuando entraba por la puerta un hombre alto y delgado, de pelo corto color pardo, y que iba vestido con una camisa de lino a juego con sus pantalones de cuero tachonado.

—¡Erik! —se alegró Valiant de ver a su amigo—. ¿De dónde vienes?

—Salí a tomar un poco el aire. No podía dormir.

—Sé muy bien cómo sienta eso. —Echando un vistazo a su alrededor, preguntó—: ¿Sabes a dónde ha ido todo el mundo?

—Ni idea —encogió los hombros—. Edwin los reunió a casi todos, esta mañana, desayunaron y se marcharon a toda prisa. Fui a los establos poco después y descubrí que muchos de nuestros caballos no estaban. Le pregunté al mozo de cuadras y me dijo que se los llevó Edwin. Que sus hombres y él abandonaron la ciudad.

Valiant frunció el ceño.

—¿Se ha llevado a todos menos a nosotros? Eso es un poco raro, ¿no crees?

—Lo es. Aunque no puedo decir que me entristece que no nos haya llevado con él. Lo último que necesito es la compañía de esos malnacidos.

Valiant asintió y le dio un par de palmaditas en el hombro. Erik tampoco se llevaba bien con el resto de hombres que servían o justaban para Edwin. Quizás por eso eran tan amigos. Al igual que él, Erik estaba allí por culpa de una suma importante de dinero que le debía al maestro de justas. A menudo, aquellos que no podían pagar sus deudas, ya fueran de juego o por pedir préstamos, ponían su espada al servicio de su deudor.

—¿Te apetece dar una vuelta por la ciudad? —le preguntó Valiant—. Podríamos visitar la plaza, está llena de mercaderes; o la liza de justas, para ver la arena.

—Por supuesto —accedió Erik sonriente—. De todos modos, tengo ganas de gastar unas cuantas monedas.

El joven agitó una pequeña bolsita de cuero marrón que colgaba de su cinto, haciendo tintinear unas cuantas monedas. Valiant sabía qué había querido decir con eso. Siempre que podía, su amigo visitaba algún burdel para pasar un rato agradable.

Con una sonrisa en los labios, lo siguió al exterior de la posada.

Aunque habían pasado varios días desde que terminó de manera oficial el verano, aquella mañana los rayos de sol eran tan fuertes que podría haberse tratado de un caluroso día estival. Los pájaros cantaban y los niños correteaban por las bulliciosas calles de Silverton, mientras que algunos preferían sentarse a la sombra de algún haya con una jarra de cerveza en la mano y los pies descalzos descansando en las refrescantes y cristalinas aguas del río que atravesaba la ciudad. Todo eso en medio de un ambiente de celebración y júbilo.

Por todas partes había mercaderes procedentes de los rincones más remotos del reino. Habían arribado a la ciudad casi una semana antes de que comenzase el festival, cargados con una gran variedad de mercancía. Juglares y bardos entretenían a la gente desde el alba hasta el ocaso, y los marionetistas atraían a un buen número de espectadores en cada una de sus actuaciones. También las prostitutas aprovechaban la multitud de extranjeros para ejercer su profesión. Desde jóvenes muchachas que no tendrían más de quince o dieciséis años, hasta mujeres entradas en edad, que llevaban toda su vida dedicándose al oficio. Erik las

miraba a todas con lujuria y, hasta que no pasaban de largo, no volvía a prestarle atención a Valiant.

—He oído rumores de que Edwin está intentando obtener un permiso para establecernos aquí en Silverton por un periodo más largo —le comentó a su amigo conforme se abrían paso entre la multitud.

—La verdad, no me importaría quedarme aquí una temporada... —afirmó Erik sonriente.

Acababa de ver a una preciosa cortesana de cabello rubio, que llevaba puesto un hermoso vestido de seda rojo. Valiant sabía que las mujeres eran su debilidad y el motivo por el cual le debía una pequeña fortuna a Edwin. Desconocía los detalles de aquella historia —nunca se atrevió a preguntarle a Erik sobre su pasado—, pero, por lo que había oído, el asunto de su deuda involucraba una pelea y cierta hermosa y joven dama por la que perdió los papeles.

—Este es un lugar hermoso y tranquilo. —Erik volteó la cabeza para ver alejarse a la mujer rubia—. Sin lugar a dudas.

—No me digas que ya estás harto de vivir aventuras y peligros. ¿Quizás deseas sentar la cabeza y formar una familia?

—Por supuesto que no —negó Erik enseguida—. Solo digo que este sitio me gusta mucho. Además, ¿qué mujer desearía formar una familia con un hombre como yo, que ni siquiera sería capaz de mantenerla?

A pesar de sus palabras, Valiant sabía que solo decía aquello para hacerse el duro. A cualquier hombre le gustaría asentarse y formar una familia en un sitio como Silverton; y más en el caso de ellos, que tan solo estaban acostumbrados a los combates en la arena. En más de una ocasión se había imaginado cómo habría sido su vida de no haberse visto obligado a luchar para Edwin. Lo más probable era que a esas alturas se hubiese casado y tenido hijos, y viviesen todos juntos en una preciosa casa en algún lugar de los extensos bosques de Haddaras. Pues una cosa sabía seguro: de haber podido casarse, habría sido con Galadoriel, una preciosa muchacha elfa que conoció durante los años de su infancia; años que pasó en la tierra de su madre.

—Digas lo que digas, amigo mío —dijo Valiant pensativo—, no hay nada malo en desear una vida más tranquila, pues cualquier vida es mejor que esta que llevamos.

—Tú no tendrás que luchar para siempre. Tus ganancias han ido incrementando en el último año gracias a las múltiples victorias que alcanzaste en las justas. Pronto habrás saldado tu deuda y podrás marcharte. Yo, por desgracia, aún tengo que seguir luchando durante varios años antes de poder saldar mi deuda. Y a menos que gane unos cuantos torneos, dudo mucho que consiga el oro antes de volverme un viejo.

—Te daría la razón si Edwin me permitiera participar en más torneos importantes. Desde que gané el torneo de Andorath, no he vuelto a participar en ninguna otra liza importante.

Las escuelas de justadores podían apuntar a tantos jinetes como quisieran en los torneos. Si perdían, quedaban eliminados y el maestro de justa se veía obligado a entregar al vencedor la armadura y, a veces, el caballo del perdedor, o pagar una cantidad de oro a cambio. Por esa razón en los torneos importantes solo inscribían a sus mejores hombres. Edwin había inscrito a Valiant en muchos torneos menores y él ganó la mayoría de ellos. Cuando el rey Arnthor IV de la casa Nomenglaus anunció la celebración de un torneo para conmemorar el cumpleaños de su hijo, el príncipe Varian, Edwin lo apuntó a él también. Aquello motivó a Valiant hasta tal punto que logró la victoria, impresionando a muchos de los caballeros y demás justadores. El premio fue de mil quinientas monedas de oro, el mayor galardón acordado nunca en una justa —al menos en los últimos diez años—; y aunque le correspondía una cuarta parte del dinero, se lo cedió todo a Edwin. De ese modo saldaría la deuda en menos tiempo.

—El ganador de este torneo se llevará mil monedas de oro, sin contar con las ganancias que obtendrás por vencer a tus oponentes de camino a la final —comentó Erik, parándose frente a la entrada de un gran edificio—. Con ese dinero habrás saldado la deuda de tu padre.

—Sí, pero primero tendré que ganar el torneo, y eso no será nada fácil. Me han dicho que han llegado los mejores caballeros de todo el reino.

—¿Y qué? El año pasado, en el torneo del príncipe Varian, también estuvieron los mejores caballeros del reino, y bien que saliste vencedor.

—Eso fue distinto. —Valiant hizo ademán de proseguir calle abajo, pero al ver que Erik no se movía, se detuvo—: ¿Vamos?

—¿A dónde? Ya hemos llegado. —Su amigo señaló el edificio.

Al principio no entendió qué quería decir, hasta que se fijó en el letrero que colgaba encima de la entrada, y que mostraba el dibujo de una doncella con la falda levantada para enseñar los muslos.

—La casa de placer de madame Rosier. —Erik suspiró—. El mejor burdel de todo Silverton. ¡Vamos!, te invito a una ronda.

—Ni hablar —se negó Valiant agitando la cabeza—. No pienso hacer nada con ninguna prostituta.

—¡Por la luz! —se exasperó Erik—. Hace siete años que te conozco y no te he visto aún visitar un burdel. ¿Acaso no te gustan las mujeres?

—¡Sí que me gustan! —se defendió Valiant—. Lo que no me gusta es pagar para que se acuesten conmigo. Cuando estoy con una prostituta, no dejo de pensar que solo quiere mi dinero.

—¡Porque es a lo que se dedican! —replicó Erik crispado—. No tiene nada de malo ir al burdel de vez en cuando. Somos hombres y tenemos nuestras necesidades. Es lo más normal del mundo.

—A mí no me gusta. Prefiero acostarme con mujeres que sé que se meten en mi cama por cómo y quién soy, y no por las monedas que tengo.

Erik pareció darse por vencido, agitó la cabeza en señal de negación, puso los ojos en blanco y dio media vuelta para entrar en el burdel.

—Allá tú. Nos vemos por aquí en un par de horas.

—Muy bien. ¡Iré a dar una vuelta por la liza! —gritó Valiant, pero Erik ya se había perdido de vista y no estaba seguro de si lo había escuchado.

Decidió seguir su camino.

Las calles estaban cada vez más abarrotadas y, conforme se acercaba a la salida de la ciudad, le resultaba muy difícil avanzar a un ritmo aceptable. Sabía que el desorden beneficiaba a los ladrones, quienes se mezclaban con la multitud y agarraban de manera furtiva las bolsas con el dinero de la gente. Con una mano encima del monedero y la otra en la empuñadura de su espada, se abrió paso entre los transeúntes.

Al cabo de una caminata lenta y estresante alcanzó el portón. La muralla de la ciudad era alta y robusta, construida con rocas de color anaranjado y ocre. Cuando pasó al otro lado del rastrillo y cruzó el puente de piedra que salvaba las orillas del río de Silverton, esperó ver al estadio en el que se celebraría el torneo de justa, pero lo que encontró fue una imagen deslumbrante. El prado que había frente a la muralla oeste surtía de tierras comunales a los habitantes de Silverton, pero en aquel momento el festival lo había transformado totalmente. De un día para otro se construyó una nueva ciudad, no de piedra sino de seda, casi tan grande como su hermana e igual de hermosa. Valiant sabía que aquellos enormes pabellones eran el hogar de los caballeros más importantes del reino, que habían llegado allí en representación de las casas de nobles, grandes y pequeñas, a las que juraron lealtad.

Al igual que dentro del recinto amurallado de Silverton, había un gran número de comerciantes. Sus puestos se extendían a lo largo de la orilla del río y el borde del prado, ofreciendo una gran variedad de artículos: paños de lino, telas y sedas finas, calzado, vestimenta, cinturones, piedras preciosas, pájaros de pelaje hermoso y multicolor, objetos de metal, baratijas, plumas para escribir... Los bardos y los juglares también estaban presentes.

Circulaban entre la multitud, presentaban sus números, hacían malabares o entonaban cánticos y recitaban poemas.

Nada más adentrarse entre el gentío, llegó a la nariz de Valiant el fuerte olor de las codornices, que al freírse desprendían un humo espeso y exquisito, y se le hizo la boca agua. Aunque había pasado poco tiempo desde que desayunó en el comedor del *Tejón Cojo*, pagó dos leones de plata por un buen pedazo de muslo y una gran jarra de cerveza de color tostado. Primero bebió un largo trago para refrescarse y después empezó a devorar el muslo. La carne sabía a gloria bendita y, mientras masticaba, se dedicó a observar de lejos el espectáculo de un par de marionetistas que empleaban los muñecos de unos caballeros de madera pintada para escenificar una batalla contra un gigante feroz. La multitud aclamaba y aplaudía y Valiant tuvo que reconocer que los marionetistas tenían cierto talento a la hora de mover aquellos muñecos. El espectáculo le resultó de lo más entretenido. Estuvo tentado de acercarse y soltar una moneda de plata en el cuenco, pero enseguida cambió de opinión cuando vio cómo una muchachita, que no tendría más de once o doce años, se escurría entre la multitud de espectadores y les robaba con disimulo las bolsitas con el dinero.

«Ladrones, timadores...» Agitó la cabeza con desaprobación. Aunque no estaba a favor de aquello, no dijo nada y prosiguió su camino hacia el estadio. Podía vislumbrar las torres de madera que se alzaban a lo lejos, por encima de las carpas y pabellones de los caballeros. El único camino que había para llegar hasta allí atravesaba el mar de seda, y mientras lo recorría no pudo evitar fijarse en los blasones de los nobles presentes.

Los rumores que había escuchado se confirmaron. Había caballeros procedentes de todos los rincones de Aldaeron. Podía ver el símbolo de la ciudadela sobre un fondo azul celeste, de la casa Ribedwald, señores de la provincia de Sindoria y la maravillosa ciudad de Gromhildar. Antes de la Guerra de los Titanes había sido la capital del reino de Sindoria, hasta que el linaje de los Nomenglaus alcanzó el poder y el rey Valorian unificó las doce provincias bajo la bandera de un solo reino. El cuervo sobre un fondo rojo y negro era el blasón de los DeMordwell, señores de la provincia de Dunhold, situada en el lado noroccidental del reino, y Valiant reconoció el puño de guantelete cerrado de los McOrswell, señores de la provincia de Whallrim. El busto del corcel marrón sobre un fondo rojo y verde era la insignia de los Lintari; sin duda alguna, lord Marco había apuntado a un buen número de caballeros en representación de su casa, para honrar su nombre y la ciudad de Silverton.

Valiant vio también algunos estandartes de los señores del río Dondarrión, siendo los más significativos los Lorenthal, cuyo blasón era un mastín de color marrón oscuro sobre campo verde, y los Cersir, cuyo emblema era una barracuda atravesada por una lanza sobre campo azul marino. Estaban en el borde más alejado del enorme campamento, junto a la linde del bosque, lo más lejos posible de los McOrswell, con quienes no se llevaban demasiado bien.

DeMordwell, Telari, Richfield, Radknapp, Thorstein, Thorey, Conwell, Roadhouse, Milleroad, Connoway, Valdreth, Wedhorn... Valiant vio las banderas de casi todas las casas de nobles existentes en el reino, muchas de las cuales conocía; otras las veía por primera vez. Parecía que todos los señores importantes habían enviado algún representante al torneo.

Por último, casi al final del sendero, se alzaba una carpa gigantesca decorada a franjas blancas y azules, en cuyo pico ondeaba la bandera con el símbolo del león coronado rodeado por tres flores de lis. Era el estandarte de la casa real de los Nomenglaus, y aquello solo podía significar que los caballeros de la Guardia de Honor, la orden de elite encargada de proteger al rey y a su familia, estaban allí para participar en el torneo. Las únicas veces que Valiant los vio competir en la liza fue el año anterior en Andorath, cuando ganó, y en primavera en el torneo de Gromhildar, donde no pudo participar por culpa de la fiebre. En ambas ocasiones los participantes alcanzaron por lo menos las semifinales; y en el torneo de Gromhildar, *sir* Robert Westringhton se alzó como campeón tras derrotar en la final a *sir* William Nomenglaus, el sobrino del rey. Ambos eran caballeros de la Guardia de Honor y Valiant quedó muy impresionado con las habilidades de combate que ostentaban.

Tras una larga pero entretenida caminata, al fin alcanzó la arena. Se alzaba majestuosa en el prado situado entre el mar de seda y el bosque de Silverton. Los hombres que construyeron aquella arena habían intentado darle toda la magnificencia posible, adornando la entrada principal con la estatua de un caballero y manteniendo los escalones de granito limpios y en buen estado. Los cimientos eran de piedra caliza, al igual que la parte baja de las gradas; sin embargo, habían añadido otro anfiteatro de madera para aumentar el aforo. Al parecer había algún espectáculo en desarrollo, pues se escuchaba con intensidad el griterío y las aclamaciones del público.

Decidió entrar y ver qué sucedía.

Las gradas estaban ocupadas casi en su totalidad, aunque Valiant observó que el palco señorial tenía más de la mitad de los sillones vacíos. Tras localizar un asiento libre y acomodarse, concentró la vista en lo que ocurría en la liza. Estaba en plena disputa la final del torneo de tiro con arco, y por lo que podía apreciar, solo quedaban tres participantes.

Las dianas a las que tenían que disparar estaban a más de cincuenta pasos. Los arqueros se disponían a comenzar la prueba. Vestían ropas de cuero y un tabardo que mostraba el blasón de la casa a la que servían. Valiant reconoció el trébol de oro de los Richfield en el pecho de uno de los competidores. Era un hombre joven, alto y delgado, de pelo moreno y barbilla afilada. Desconocía su nombre.

Los otros dos participantes eran más bajitos y algo más corpulentos. En el pecho de uno lucía la araña, símbolo de una escuela de justadores llamada Arácnidos, mientras que el otro portaba la cruz al revés y en llamas. Valiant sabía que era insignia de Morvin Darnket. Conocía a ese hombre porque el maestro Edwin lo odiaba y siempre competía con ardor contra su escuela en los torneos en los que coincidían. Aunque las escuelas de justadores aparecieron con el fin común de entretener a la gente, con el paso del tiempo aparecieron rivalidades y disputas por la supremacía, alimentadas por el clamor popular y los suculentos premios.

«Edwin no estará nada contento al saber que Darnket está aquí —pensó Valiant—, y mucho menos cuando sepa que uno de sus participantes ha llegado a la final del torneo de tiro con arco.»

El primero en disparar fue el participante de la casa Richfield. El hombre iba armado con un arco largo, hecho de tejo, muy resistente y flexible. Su flecha alcanzó la diana casi en el centro, con una ligera desviación, y logró provocar las aclamaciones del público.

—*Sir* Lancelor ha hecho un disparo certero. Será difícil de superar.

—Desde luego, aunque los otros participantes son muy diestros.

Las voces de los hombres sentados a la derecha de Valiant captaron su atención. Tenía la sensación de conocerlos, así que les echó un vistazo. Se sorprendió bastante cuando vio el rostro caballeresco, con prominente barba negra, media calvicie, ojos oscuros y cejas pobladas, de *sir* Robert Westringhton. Le acompañaba *sir* Danton de la casa Telari, un muchacho menudo, más joven que él, de pelo castaño, ojos marrones y cuello alto. Por un segundo la mirada de Valiant se cruzó con la de Danton, quien creyó que los estaba espiando.

—¿Por qué nos miras así, plebeyo? —Su voz era ruda y muy poco cortés. *Sir* Robert se fijó también en Valiant.

—Perdonadme si os he ofendido —les dijo con un tono cordial. Lo último que necesitaba era una disputa con un caballero—. Escuché la voz de *sir* Robert y me pareció familiar.

—Un momento... —Robert Westringhton frunció el ceño y se acarició la barbilla—. Creo que te conozco. Eres Valiant, el que luchó para la escuela de justadores de Edwin Stockdale y venció en el torneo de justas de Andorath; el verano pasado.

Aquella hazaña había maravillado a muchos hombres de todos los rincones del reino, pero a Valiant le sorprendió muchísimo que aquel caballero de noble cuna le reconociera más de un año después.

—Así es, mi señor. —No pudo evitar mostrar una sonrisa—. Aunque ha pasado un tiempo, ha sido la victoria más importante de toda mi vida.

—Lamento haberte hablado de un modo tan poco cortés —dijo Danton Telari a modo de disculpa, aunque su voz seguía siendo fría.

—No os preocupéis, *sir*. Yo tampoco os debería haber acosado con la mirada del modo en que lo hice.

Abajo, en el palenque, tras *sir* Lancelor de los Richfield, el próximo que se preparaba para disparar era el representante de la escuela de justadores de los Arácnidos. Al igual que su predecesor, iba armado con un arco largo, aunque no era de madera tan fina y preciosa como el de *sir* Lancelor. A pesar de ello, logró un gran disparo y acertó en la flecha del caballero. Aquello significaba que, si el próximo participante no le daba justo en el centro, *sir* Lancelor y el arácnido debían volver a disparar para el desempate.

—¡Magnífico disparo! —aplaudió *sir* Robert con energía—. ¿Vas a participar en el torneo de justas, Valiant?

La pregunta le tomó por sorpresa.

—Desde luego, mi señor. Mi maestro Edwin nos ha apuntado en el torneo a mí y a otros cinco participantes de la escuela.

—Ese es un número bastante elevado —comentó *sir* Robert mientras veía al último participante entrar en la palestra, preparado para hacer su disparo—. Tres más que los que tú maestro apuntó en el torneo de Gromhildar de la pasada primavera. Aunque no recuerdo haberte visto por allí.

—Estaba enfermo. Tenía la fiebre. Los galenos dijeron que no iba a sobrevivir, pero los dioses fueron misericordiosos y pude recuperarme por completo.

—Les doy las gracias a los dioses —murmuró *sir* Danton—. Habría sido una lástima perder a un justador tan valeroso como tú.

Valiant supo reconocer el sarcasmo en su tono, aunque sonrió e hizo un gesto de agradecimiento, para darle a entender que no había captado la mordacidad.

El participante de Morvin Darnket estaba ya en posición, preparado para disparar. Al contrario que sus oponentes, iba armado con una ballesta en lugar de un arco. La flecha era mucho más pequeña; aunque al dispararla, voló a una velocidad espeluznante, cortando el aire con un silbido sonoro. Golpeó justo en el medio de la diana, y el impacto fue tan brutal que la mitad de la saeta se hundió en la madera. Los jueces del torneo compararon los tres disparos y de inmediato proclamaron ganador de la final al participante de Morvin Darnket. Las gradas enloquecieron, se pusieron de pie, aplaudieron y comenzaron a aclamar al campeón.

—Una ballesta perfora corazas —murmuró *sir* Robert reflexivo, mientras el vencedor saludaba al público—. Es un arma muy certera y potente, aunque difícil de manejar. Normalmente los participantes prefieren los arcos para este tipo de torneos. En cualquier caso, ha sido un disparo espectacular.

—Está claro que el ganador del torneo maneja la ballesta con mucha maestría —apuntó *sir* Danton. Sus ojos fríos seguían el recorrido que hacía el nuevo campeón—. Tengo entendido que es el hijo de Morvin Darnket.

—Bastardo más bien —le corrigió *sir* Robert—. Su nombre es Rendro, sin apellido.

—Mi maestro Edwin y Morvin no se llevan muy bien —les comentó Valiant—. Pasó algo entre ellos hace muchos años y desde entonces se odian a muerte.

Los tres finalistas se colocaron en fila frente al palco señorial, donde debería estar Marco Lintari para premiar al vencedor. En su lugar hizo los honores su hija, lady Aeryn, una doncella que debía rondar los veintidós o veintitrés años de edad, según había oído Valiant. Su tez era rojiza y tenía mirada de gacela. El pelo castaño rojizo estaba recogido en un moño muy elegante, dejando sueltas un par de trenzas a ambos lados de la cabeza. El vestido era de seda y terciopelo azul marino, que resaltaba la estrechez de su cadera y el volumen de sus

pechos. Salvo *sir* Lancelor, quien se comportaba como un verdadero caballero en presencia de la dama, los otros no paraban de mirarla con descaro, y Rendro sonrió de un modo de lo más desagradable cuando la chica le entregó un trofeo de oro con forma de arquero. Los otros finalistas recibieron trofeos idénticos, aunque de menor tamaño.

En cuanto terminó la ceremonia de entrega de los premios, la gente se puso de pie y empezó a abandonar las gradas. El torneo de justas empezaba aquella tarde, por lo cual aún faltaban bastantes horas; tiempo suficiente para que los espectadores hicieran unas cuantas visitas a las tabernas.

—Ha sido un placer hablar contigo, Valiant —se despidió *sir* Robert tendiéndole la mano—. Espero verte en el torneo.

Valiant se la estrechó.

—Sería un honor justar contra vos, *sir*. Os deseo un buen día.

—Lo mismo para ti.

El caballero se marchó hacia la salida.

—Adiós —se despidió a su vez *sir* Danton con frialdad, antes de seguir a su amigo.

Valiant se limitó a inclinar la cabeza y forzar una sonrisa.

—Menudo hombre más despreciable —musitó entre dientes. Aunque había escuchado hablar acerca de *sir* Danton e incluso le había visto justar en unas cuantas ocasiones, conocerlo en persona no había sido para nada agradable. *Sir* Robert parecía un hombre amable, respetuoso; algo orgulloso, como cualquier caballero que se respeta, pero buena persona por encima de todo. En cambio, *sir* Danton... El caballero le mostró el lado más perverso y poco agradable de un noble. Por supuesto Valiant había conocido a gente peor; lo que no comprendía era cuál había sido su pecado para provocar una reacción hostil por parte de Telari.

Tras decidir que no valía la pena seguir atormentándose con pensamientos que no le llevaban a ninguna parte, emprendió el camino de vuelta a la ciudad. A esas alturas Erik debería haber terminado sus asuntos en la casa de placer, y sería una buena idea regresar al *Tejón Cojo* antes de que lo hicieran Edwin y sus hombres.

Cuando alcanzó el burdel de madame Rosier, encontró a su amigo sentado en las escaleras de la entrada, con la camisa a medio cerrar y el pelo revuelto.

—¿Hace mucho que terminaste?

—Unos minutos —contestó Erik—. ¿Qué tal por la arena?

—Bien. Pude ver la final del torneo de tiro con arco. Ha ganado Rendro, el bastardo de Morvin Darnket.

—¡Vaya! Eso no alegrará mucho a nuestro ilustre maestro Edwin. —Erik enseñó los dientes, al tiempo que soltaba una carcajada sonora—. No hay nada que le enfade más que el éxito de su mayor enemigo. ¡Ja!

—¿Cuánto has bebido?

Por la forma que tuvo de mirarle, Valiant comprendió que su pregunta había indignado a Erik.

—Solo un par de copas de tinto veraniego, nada más.

—Seguro que sí. Venga, será mejor que vayamos regresando a la posada.

—¿Crees que venceremos hoy en las justas? —le preguntó Erik mientras se ponía de pie y caminaba a su lado.

—Igual que siempre, hermano. Igual que siempre.

—Es un alivio que los combates a muerte estén prohibidos.

—Sí. Aun así, a veces ocurren accidentes. No deberías beber tanto faltando pocas horas para que comience el torneo.

Su reprimenda surtió efecto en Erik, cuyo semblante se tornó serio al instante:

—No te preocupes, no fallaré. A ese viejo bastardo y sediento de sangre solo le importa su propio bienestar y ver sus arcas rellenas a rebosar con monedas —dijo con rabia,

refiriéndose al maestro Edwin—. No conoce el honor ni el respeto, solo la astucia y aprovecharse del momento, pero no podrá con nosotros. Tú y yo, Valiant. Juntos conseguiremos nuestra libertad. Juntos empezaremos una nueva vida.

—Cuidado al decir esas palabras, amigo mío. Si llegaran a los oídos de Edwin, no dudaría en acabar con tu vida.

—Lo sé —asintió Erik con tristeza—. Lo único que compite con su codicia es su falta de piedad.